

se perdió gracias a la falta de valor de unos, a las ineptitudes de otros y a la infidencia de los más. Pero ya lo hemos dicho, el general González quería a todo trance, cualquiera que fuesen los resultados para él, dar tiempo al general Obregón de que saliera de México con los mayores elementos. En consecuencia, se sostuvo en Pachuca más del tiempo necesario exponiéndose, como se expuso, al ataque de los villistas.

Cuando recibió el aviso de que el general Obregón—que tan señalados triunfos habría de conquistar más tarde en Celaya, Trinidad y León—salía de la ciudad de México, su situación era ya irremediable: los infidentes al mando de Bañuelos, Martínez y Domínguez, caían sobre Pachuca, donde al oír los primeros disparos del enemigo, la gente se le deserta en mayor número y los ferrocarrileros, con muy raras excepciones, consuman su labor de infidencia y cobardía.

El general González con la mayor serenidad y dando muestras del valor que siempre le acompaña, detiene, acompañado de su escolta y de los valientes Coroneles Alfredo Flores Alatorre, Alfredo Rodríguez y Teniente Coronel Fernando Vizcayno, durante largo tiempo a las avanzadas villistas, y consigue con ese puñado de abnegados y bravos sacar parte de la artillería del Teniente Coronel Osuna quien, a pesar del peligro en que estaba, no abandonó tan valiosos pertrechos.

Queda, pues, relatado el por qué del descalabro sufrido por el general González en Pachuca, descalabro que le obligó a salir rumbo a Tampico.

Todo un calvario fué su viaje. La diezmada columna tuvo que atravesar una región abrupta, desierta y